

*Trátase de los orígenes de la guerra de los extranjeros contra Cartago. – Error de esta República de concentrar estas tropas dentro de Sica. – Elección de jefes que hacen los amotinados.*

Después que se ratificaron los tratados de paz antes mencionados (año -242), Amílcar pasó el ejército que tenía en Érice a Lilibeo, y renunció el mando. Gescón, gobernador de la ciudad, se encargó de transportar estas tropas al África. Éste, previendo lo que había de ocurrir, embarcó prudentemente estas gentes por trozos, y procuró que hubiese intervalos en su remisión a fin de dar tiempo a los cartagineses para satisfacerles lo que se les debía de sus sueldos, conforme fuesen llegando; y despachados a sus casas, hacerles salir de Cartago antes de que llegasen las otras remesas. Éste era el objeto de Gescón en enviarlos por partidas. Mas los cartagineses, exhaustos de dinero con los gastos anteriores, y convencidos de que si congregaban y aguardaban a todos en Cartago lograrían de ellos la remisión de alguna parte de los sueldos devengados, los mantuvieron allí con esta esperanza tal como iban llegando y los metieron dentro de la ciudad. Los frecuentes excesos día y noche, y sobre todo el temor de los cartagineses a la multitud y a su natural incontinencia, obligaron a rogar a sus jefes que mientras se les preparaban lo que se les debía y se esperaba a los que faltaban los llevasen todos a una ciudad llamada Sica, entregando a cada uno una moneda de oro para sus urgencias. Los jefes aceptaron con gusto la salida, y quisieron dejar en Cartago los equipajes, tal como habían ejecutado antes, en la inteligencia de que volverían pronto por sus sueldos. Pero los cartagineses temieron que si estas tropas llegaban a venir con el tiempo, unos arrastrados del amor a sus hijos, y otros al de sus mujeres, parte rehusase salir absolutamente, parte, aunque saliese, los volviese a traer el afecto, y de este modo se había incurrido en otros no menores desórdenes. El recelo de estos males les precisó, aunque con gran repugnancia, a hacer llevar consigo los equipajes a los que de ningún modo querían. Reunidos en Sica los mercenarios, y logrados la quietud y ocio que tanto tiempo hacía apetecían (el mayor inconveniente para tropas extranjeras, y el origen, por decirlo así, y única causa de las sediciones), vivían licenciosamente. Al mismo tiempo algunos ociosos calculaban por mayor lo que se les debía de sus sueldos, hacían mayores cálculos que los verdaderos y manifestaban que era preciso exigirlos de los cartagineses. A esto se añadía que recorriendo en su memoria las promesas hechas por los jefes, cuando les exhortaba en los peligros, concebían magníficas esperanzas, y esperaban el logro de su reintegro.

No bien se habían congregado todos en Sica, cuando marchó allá Hannón, gobernador por entonces de los cartagineses en África; y lejos de satisfacer sus esperanzas y promesas, les dijo lo contrario: que la República, por lo gravoso de los impuestos y total escasez en que se encontraba, suplicaba les perdonasen una parte de los sueldos que por pacto les estaban debiendo. A causa de este discurso se levantó al instante una disensión y alboroto, y se originaron frecuentes corrillos, primero de cada nación, y después generales. Al no ser de un solo país ni ha-

blar una misma lengua, todo el campo estaba lleno de confusión, desorden y tumulto. Los cartagineses, teniendo como tenían siempre a sueldo tropas de diferentes países, para lo que hay que precaver con facilidad una conspiración y mantener al soldado subordinado a sus jefes, usaban de una buena política en formar sus ejércitos de diferentes naciones; pero para lo que es instruir, mitigar y corregir a los que una vez errados se han dejado llevar de la ira, el odio o la sedición, era diametralmente contrario su sistema. Tales ejércitos, si la ira o el odio los arrebató alguna vez, no sólo cometen excesos como el común de los hombres, sino que se tornan crueles a manera de fieras y conciben las mayores inhumanidades. Bien a su costa lo experimentaron entonces los cartagineses. Se encontraban entre ellos españoles, celtas, algunos ligures y baleares, muchos griegos mestizos, la mayoría desertores y siervos, pero en número más crecido africanos. De forma que ni se podía juntar a todos en un lugar para exhortarlos, ni se encontraba medio de conseguirlo. Pues ¿qué remedio? Poseer el general las lenguas de cada nación era imposible. Arengarlos por medio de intérpretes que les repitiesen una misma cosa cuatro o cinco veces parecía aún más dificultoso. Únicamente quedaba suplicarles y reconvenirles por medio de sus oficiales, y éste era el expediente de que Hannón se valía de continuo. Pero ocurría también que éstos o no comprendían lo que se les había dicho o referían a sus tropas lo contrario de lo que habían pactado con Hannón, unos por ignorancia y otros por malicia, de que provenía estar todos llenos de incertidumbre, desconfianza y falta de trato. Además de esto, recelaban que los cartagineses con estudio, en vez de elegir aquellos jefes que hubiesen sido testigos de sus servicios en Sicilia, y autores de las promesas que se les habían hecho, habían enviado un hombre que no había presenciado ninguna de sus acciones. En fin, llenos de desprecio por Hannón, poco satisfechos de sus jefes particulares e irritados contra los cartagineses, marchan contra Cartago y se acampan a ciento veinte estadios de distancia, en un lugar llamado Túnez, en número de más de veinte mil.

En ese momento fue cuando los cartagineses reconocieron su imprudencia, mas cuando ya no tenía remedio. Clásico fue el error de haber acantonado en un lugar tanta multitud de tropas extranjeras, mayormente cuando, si se ofrecía un lance, no tenían recurso alguno en los naturales, pero mayor lo fue aún haberles remitido sus hijos, sus mujeres y equipajes. Si hubieran retenido a éstos en rehenes, hubieran consultado ellos con más seguridad sus intereses y hubieran encontrado estas tropas más dóciles al consejo; en vez de que, atemorizados con el vecino campo, sufrieran toda bajeza con deseos de aplacar su furor. Les enviaban víveres en abundancia, y ellos los compraban fijándoles precio a medida de su gusto. El senado les disputaba continuamente senadores para prometerles que haría su voluntad, como estuviere en su mano. Mas ellos excogitaban cada día un nuevo antojo, ya porque el temor y consternación en que veían a los cartagineses había aumentado su valor, ya porque, ensoberbecidos con las expediciones realizadas en Sicilia contra los ejércitos romanos, se hallaban en la creencia de que ni los cartagineses ni otra nación del mundo se atreverían fácilmente a presentárseles en batalla. Por lo cual, en el supuesto de que los cartagineses les concediesen sus sueldos, pasaban más adelante y exigían el precio de los caballos muertos; y una vez éste recibido, manifestaban que se les debían abonar los víveres

que desde tanto tiempo se les estaban debiendo, a prorrata de la excesiva estimación que habían tenido durante la guerra. En resumen, mezclados de locos y sediciosos continuamente buscaban nuevo pretexto con que imposibilitar más el convenio. Al fin los cartagineses prometieron cuanto estaba de su parte, y se avinieron en remitir la presente contestación al arbitrio de uno de los generales que habían estado en Sicilia. No les era posible ver a Amílcar Barca, con quien habían militado en esta isla, porque no habiéndoles venido a ver como diputado, y habiendo hecho voluntaria dimisión del mando, se hallaban en la creencia de que él era la principal causa de su desprecio. Pero amaban entrañablemente a Gescón, que había también mandado en Sicilia y había hecho un aprecio particular de ellos en diferentes ocasiones, y principalmente en su conducción. Por tanto, le nombraron árbitro de sus disputas.

Partió por mar Gescón con el dinero, y apenas hubo arribado a Túnez, cuando convoca primero a los jefes, reúne después la tropa por naciones, les reprende de lo pasado, les instruye de lo presente; pero sobre todo los exhorta para adelante, rogándoles procedan reconocidos con aquellos de quienes habían recibido sueldo por tanto tiempo. Finalmente empieza a satisfacer las pagas que se les debían, haciendo su entrega por naciones. Se hallaba entre ellos un campanio, por nombre Esendio, siervo fugitivo de los romanos, hombre de gran fuerza y de una audacia temeraria para la guerra. Éste, temeroso de que, venido su señor, no le echase mano y le diese muerte de cruz, según las leyes romanas, no había cosa a que con dichos y hechos no se propasase, con el propósito de interrumpir el convenio. Acompañaba a éste cierto Mato, africano, hombre libre y que había militado, pero que por haber sido el motor principal de los alborotadores pasados, por miedo de que recayese sobre él la pena en que había hecho incurrir a los demás, había entrado en las miras de Esendio. Éste, llevando aparte a los africanos, les hace ver que, después que las otras naciones se hubiesen retirado a sus patrias con sus pagas, los cartagineses descargarían sobre ellos la ira que abrigaban contra aquéllas, y querrían con su castigo atemorizar a todos los africanos. Los soldados, conmovidos con semejantes palabras, bajo el leve pretexto de que Gescón satisfacía, sí, los sueldos, pero difería el precio de los víveres y los caballos, se dirigen en tropel a la asamblea. Oían y escuchaban con atención a Esendio y Mato, que acusaban y difamaban a Gescón y a los cartagineses; pero si algún otro se acercaba a darles consejo, sin esperar a saber si venía con ánimo de asentir o contradecir a Esendio, inmediatamente le mataban a pedradas. Muchos murieron de este modo en estas conmociones, tanto oficiales como soldados. No entendían más palabra común que esta: *tírale*, como que de continuo lo estaban practicando, en especial cuando borrachos se reunían después de comer. Y de este modo, lo mismo era comenzar a decir uno *tírale*, se llevaba a cabo con tal prontitud por todas partes, que era imposible escapar el que una vez se acercaba. Finalmente, no atreviéndose nadie por lo dicho a dar su voto, eligieron por jefes a Mato y Esendio.